

Una máscara y un rostro

Claudia Bacci*

Sobre *Horrorismo: Nombrando la violencia contemporánea*, de Cavarero, Adriana, México, Anthropos-UAM, 2009, 203 p., ISBN 978-84-7658-913-7.

Entonces por primera vez nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre.
Primo Levi

El último libro de Adriana Cavarero¹ presenta una reflexión acerca de las formas contemporáneas de la violencia que constituye un aporte teórico insoslayable para las ciencias sociales. Lo hace, además, vinculando la crítica a la tradición filosófico-política moderna con una indagación original sobre la potencia de ciertos mitos y relatos ficcionales y de la cultura occidental. A partir del neologismo con que abre el volumen, recorre el pensamiento político moderno desbrozando el paradigma de la guerra, y afirma que éste no permite dar cuenta de las manifestaciones más contemporáneas de la violencia.

Citando sucesos recientes como los ataques suicidas en Nueva York (2001), en Madrid (2004) y Londres (2005), las escenas de la “guerra al terror” en las cárceles clandestinas de Abu Ghraib, y los atentados suicidas en Chechenia, Medio Oriente e Irak, la autora incita a un cambio radical de perspectiva. Los análisis de la violencia insisten en el paradigma de la guerra, en el punto de vista del guerrero, del combatiente y el partisano. El libro propone un viraje polémico en esa constelación lexical

* Socióloga, Mag. en Investigación en Ciencias Sociales (UBA). Investigadora y docente en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) en temas de teoría social y feminista, género y derechos humanos. Integrante del Archivo Oral de Memoria Abierta. Docente de posgrado (UNSAM). Correo: cbacci@sociales.uba.ar

¹Adriana Cavarero es filósofa y profesora en la Universidad de Verona (Italia). Es una de las fundadoras de la comunidad filosófica-feminista Diótima a comienzos de los años 1980 junto a la pensadora feminista Luisa Muraro. Su trabajo abrevia en las obras de la filosofía antigua y contemporánea, así como en el pensamiento del feminismo de la diferencia sexual. Para un detalle de sus trabajos más importantes véase la Bibliografía al final.

tradicional a fin de recolocar el vocabulario y las perspectivas teóricas desde un ángulo distinto al eje bélico-político. Propone entonces seguir de cerca la constitución de un paradigma diverso, fundado en la “lógica aberrante” de la necesidad de destruir víctimas inermes para la destrucción de otras víctimas inermes. Este paradigma es el del horror.

El lenguaje de las tradiciones filosófico-políticas modernas no hace más que enmascarar el contrasentido de nociones como “guerra al terror”, “daños colaterales”, “guerra preventiva” o aún “guerra humanitaria”. Cavarero expone críticamente esta “distorsión geopolítica de la mirada” (2009: 13) tal como aparece en los análisis mediáticos y politológicos más recientes, vinculando la escena del terror y la guerra con la del horror, para poner de relieve el carácter ontológico del crimen y la vulnerabilidad radical de sus víctimas.

Podría temerse en esa operación la mirada morbosa, obscena, que tantas veces se ha manifestado en las imágenes bélicas del siglo XX, sobre las que han reflexionado pensadores diversos, como Hannah Arendt, Primo Levi o Claude Lanzmann. ¿Qué significa entonces esta inversión de la perspectiva hacia el horror?

Por una ontología vincular

Cavarero ha desarrollado en sus últimas obras (*Tu che mi guardi, tu che mi racconti. Filosofia della narrazione* de 1997, y *A più voci. Filosofia dell'espressione vocale* de 2003) una convergencia particular entre la perspectiva conceptual de Hannah Arendt y algunas líneas de las teorías feministas. Abandonando aquí las conceptualizaciones ligadas a la imaginaria hegemónica en la modernidad sobre la guerra, propone inaugurar una ontología de la vinculación fundada en la vulnerabilidad constitutiva de la condición humana. Esta operación supone varios momentos que Cavarero desarrolla en este volumen a lo largo de diecisiete capítulos breves donde se suceden figuras, imágenes y escenas que jalonan el desarrollo de su perspectiva.

Los primeros capítulos se encuentran así dedicados a establecer las distinciones conceptuales y el viraje de paradigma propuesto. Para ello presenta aquellas figuras que en el mito, las artes visuales y la literatura, así como algunos testimonios sobre los campos de exterminio nazis, que han escenificado el horror y el terror en relación con el ejercicio de la violencia. Este recorrido se entrelaza con escenas contemporáneas que, pese a enmarcarse en un marco bélico, no responden al paradigma estratégico-político

de una violencia que discrimina, que sería recíproca y simétrica en sus alcances y tendría un objetivo definido. En relación con la actual violencia global e indiscriminada, lo que prima es el horror.

Escenas de la violencia indiscriminada

Los marcos de guerra se encuentran signados por la asociación de tecnologías antiguas y contemporáneas: bombas-humanas, atentados suicidas, torturas bajo la lente de teléfonos celulares. Todas ellas reproducen el procedimiento del desmembramiento y la indistinción de los cuerpos de víctimas y victimarios propio del campo de batalla regular. ¿Qué es lo diferencia de la masacre bélica históricamente conocida?

Aunque la guerra engloba tanto al terror como al horror, Cavarero indica la necesidad de distinguirlas conceptualmente. Si el *terror* es un fenómeno esencial a la guerra, es porque alude a una “experiencia física del miedo tal y como se manifiesta en el cuerpo que tiembla” (2009: 19) y huye. Supone un grado mínimo de reciprocidad, una simetría entre los combatientes, tal como surge del ejemplo de las luchas entre Aquiles y Héctor en la *Iliada*. Sin embargo, indica, “Si enfocamos la unidad del cuerpo [...] el plano de referencia cambia” (2009: 30).

Lo que Cavarero quiere poner en primer plano aquí es el *horror* que provocan y generan ciertos fenómenos englobados bajo el paradigma ya señalado de la guerra. *Horrorismo* nombra esos fenómenos desde una óptica particular, “Como si todas las víctimas inermes, en lugar de los asesinos, decidiesen idealmente el nombre” (2009: 17). Desde el plano corporal, el horror es entonces lo opuesto del terror. Su manifestación física es el congelamiento, la repugnancia y el asco ante la visión de la des-figuración del cuerpo. Con el ejemplo de Medusa, Cavarero resalta la afinidad entre horror y visión:

El cuerpo deshecho pierde su individualidad. La violencia que lo desmiembra ofende la dignidad ontológica que la figura humana posee y lo hace inmirable. La cabeza más que cualquier otra parte resulta sobre todo repugnante, el resto más marcado humanamente donde el rostro singular aún se muestra. (2009: 25-26)

El término *horrorismo* expresa así el escándalo de una violencia cuyo criterio central es el carácter casual e indiscriminado de las víctimas, su indistinción, la reducción de su humanidad a una masa en la que *cualquiera* podría ser incluido. Ese

horror es precisamente el objeto de las nuevas formas globales e indiscriminadas de violencia.

En el desarrollo de esta fenomenología de la destrucción humana contemporánea, la autora recupera la propuesta teórica arendtiana. En contraposición a la tradición de la filosofía política clásica y moderna, Arendt ha desplegado desde sus primeros escritos referidos a *Los Orígenes del Totalitarismo* (1951) una fenomenología radical centrada en las nociones de *pluralidad* y *unicidad* de la condición humana. “En este mundo, al que llegamos procedentes de ninguna parte y que abandonamos con idéntico destino, *ser y apariencia coinciden*”, afirma en sus últimos escritos recogidos en *La vida del espíritu* (Arendt, 1975: 31). Cada ser humano es así único entre iguales y, aunque “los hombres viven juntos”, cada uno de ellos al nacer inicia algo que es nuevo en el mundo. El carácter sensible del mundo se funda así en la *natalidad* y *pluralidad* constitutivas de lo humano, que a su vez solo puede aparecer como *singularidad*.²

En su relectura del canon occidental, Cavarero retoma el punto de vista del pensamiento feminista y lo conjuga con este hilo de la perspectiva arendtiana para decir que no existe *el Hombre* sino los seres humanos plurales y únicos, irrepetibles, dotados de un cuerpo sexuado. Estos son rasgos de la común vulnerabilidad, la co-dependencia humana, arraigada en la corporalidad y en la diferencia sexual con que aparecemos en el mundo. (Cavarero, 2000: 55-62) A partir de las figuras míticas de Medusa y Medea, la autora reconstruye *lo horrendo* como aquello que surge en la escena política cuando lo femenino irrumpe como espejo de la violencia.³ Son estas figuras míticas de un rostro de mujer convertido en máscara y una mujer-madre que da muerte a su descendencia, quienes representan la deshumanización inaudita del horror.

¿Una comunidad de los inermes?

Según el paradigma estratégico interestatal de la guerra (Carl Schmitt, 1984), fundado en la distinción amigo-enemigo, las figuras del soldado y el partisano y las del enemigo regular e irregular delimitan un plano de fuerzas simétricas cuya violencia es

² Acción y discurso expresan esas condiciones de lo humano que revelan la identidad única e irrepetible del agente. Esta revelación depende, no obstante, de la presencia de otros que narren y escuchen su historia [*story*], para que la identidad del “quién” adquiera significación en el espacio público. En este sentido, “dependemos de los demás, ante quienes aparecemos con una distinción que nosotros mismos somos incapaces de captar.” (Arendt, 1996: 262).

³ Como bien señala Cavarero, Sigmund Freud había presentado una tesis de este tipo en su análisis del temor a la castración en *La cabeza de Medusa* (1940 [1922]).

recíproca. Cavarero resalta en este punto la actualidad de la perspectiva de Schmitt, que introduce en el pensamiento político la noción de “enemigo absoluto” como respuesta a la constitución de un campo de batalla global y a la existencia de medios de destrucción total. La autora presenta esta constatación de las tesis de Schmitt para introducir los nudos decisivos de su crítica al abordaje contemporáneo de la violencia.

En primer lugar, despeja dos cuestiones conceptuales básicas respecto de la insuficiencia del modelo clásico. Por una parte, indica la dificultad de las distinciones establecidas más recientemente entre guerra y terrorismo.

En un cuadro teórico convocado a justificar la guerra –e incluso el muy anómalo concepto de “guerra preventiva” y “guerra humanitaria”– al terrorismo sustancialmente se lo acusa de diferir de ella, sea por los sujetos o por los modos, es decir, de ser una forma criminal de violencia en la medida en que sus actores y sus actos son incompatibles con el sistema convencional de destrucción. (2009: 119)

Por otra parte, la teoría ha tendido a asimilar de forma creciente a mártires y combatientes bajo el nombre de *terroristas*. Esta indistinción contradice los intentos mencionados de diferenciar entre guerra y terrorismo, a la vez que desconoce la ligazón entre terror y política desde su emergencia en 1793: *Terrorismo de Estado y terrorismo revolucionario* surgen bajo el mismo techo de la Revolución Francesa (Cavarero, 2009: 129-141). *Terrorismo* es una noción imprecisa que designa demasiadas cosas que son a la vez muy diversas entre sí: Estados que usan el terror para dominar o bien para imponer un estilo moral de vida específico, dictaduras militares, los regímenes nazi y soviético, grupos clandestinos de insurgentes políticos, nacionalistas, religiosos, etc. Toda denominación constituye en este punto un problema ético-político.

Para la autora, mártires y combatientes constituyen, por el contrario, dos figuras contrapuestas cuya tensión se manifiesta en las escenas de la masacre: su disgregación desdibuja la asimetría entre víctimas y victimarios. El mito ha desarrollado diversas figuras del horror y de sus víctimas que Cavarero examina productivamente –la *Ilíada*, Medusa y Medea– para delinear el carácter específico de esa distinción. Siguiendo el análisis de Judith Butler sobre las “condiciones de creciente vulnerabilidad y agresión” que caracterizan al mundo desde los atentados suicidas del 11 de septiembre de 2001 (Butler, 2006: 13), la autora define a la *víctima inerme* como

Quien no tiene armas y, por lo tanto, no puede ofender, matar, herir. [...] Indefenso y bajo el dominio del otro, inerte es sustancialmente quien se encuentra en una condición de pasividad y sufre una violencia a la que no puede escapar ni responder. Toda la escena está desequilibrada por una violencia unilateral. No hay ni simetría, ni paridad, ni reciprocidad. (Cavarero, 2009: 59).

Al señalar esa disparidad y asimetría, la autora plantea una severa crítica a ciertas estetizaciones teóricas en referencia a la noción de comunidad. Esta jugada conceptual constituye el segundo nudo de su crítica.

En el centro del volumen, bajo el título “Auschwitz o del horror extremo”, Cavarero trata los testimonios de Levi y Rousset, así como el desarrollo de Arendt sobre los campos de concentración y exterminio nazis. Allí establece las condiciones de vulnerabilidad específicas de las víctimas inertes y su relación con el tránsito del terror, como instrumento político, al horror que emerge en/por la masacre. Allí se visibiliza el principio inaudito según el cual “todo es posible”, incluso la manipulación y reducción de los seres humanos hasta volverlos superfluos, “cadáveres ambulantes”. En la perspectiva arendtiana, que concierne precisamente a la dignidad ontológica primaria de la condición humana en cuanto tal, el horrorismo expresa la aniquilación de la singularidad única de los humanos y “eclipsa ampliamente el ultraje a la persona jurídico-política y la desesperación de la persona moral” (Arendt, 2006 [1951]: 675), los cuales sin embargo lo han precedido como parte del avance del terror. Desde esta matriz, Cavarero va a poner bajo sospecha la perspectiva de Georges Bataille, así como las interpretaciones en clave batailleana de la violencia contemporánea.

Pese a las relecturas de la obra de Bataille que retoman su pensamiento sobre la *comunidad* como instancia de relación entre existencias cuya subjetividad se cifra en la exposición recíproca –las referencias más relevantes son Jean-Luc Nancy y Roberto Esposito–, la autora señala el llamativo olvido de la fascinación por el horror erotizado, por la sacrificialidad del sí, y por la violencia como voluntad natural de destrucción del cuerpo-carne, de aquel autor. La muerte como horizonte ontológico implica una reciprocidad, no de lo singular, sino de su anulación y confusión. La escena sádica, referencia batailleana favorita en este punto, muestra así su estructura contradictoria: la *reciprocidad* que supone la comunicación de seres fragmentarios y la puesta en juego del propio ser –su disolución orgiástica–, tropieza con la *unilateralidad* de una violencia que somete al otro a la desintegración. Cavarero indica provocativamente que, en la

escena del horrorismo, esa contradicción no se anula por el mero hecho del martirio ni por la supuesta *naturalidad pulsional* –en referencia a las interpretaciones de las ciencias sociales y el psicoanálisis– de la violencia y la guerra. En particular, esta línea teórico-conceptual expresa claramente lo que ella denomina como “la perspectiva del guerrero”. La cuestión es que, quien queda atrapado en el centro de la escena del horror es el inerte (Ibíd.: 107-111). Desde la *perspectiva del inerte*, el horrorismo impugna cualquier posibilidad de pensar una comunidad de víctimas y victimarios.

El rostro de Medusa, la máscara del horror

Revisar el paradigma hegemónico sobre la violencia exige poner en primer plano “una ontología del vínculo y de la dependencia” en oposición a la “ontología de la desvinculación” propia del paradigma guerrero. El fenómeno del *horrorismo* borra todo trazo de unicidad en los inertes, negando su carácter humano al tiempo que destruye toda posibilidad de reciprocidad. La *perspectiva del inerte* propuesta por Cavarero supone una mirada ética y política basada en la vulnerabilidad, la exposición radical y recíproca por la cual somos entregados a la alternativa del cuidado o del daño.

Su propuesta no busca cancelar las perplejidades surgidas al nombrar los fenómenos que engloba hoy la violencia –incluido el de horrorismo–, ni elude los compromisos de ciertas perspectivas políticas que justifican el recurso a la violencia, afirmando así una retórica del sacrificio y el coraje ante la propia muerte. En relación a esto, una última cuestión específica del horrorismo es presentada al final del volumen: las situaciones aparentemente confusas de las escenas de mujeres que se hacen explotar por medio de bombas adosadas a sus cuerpos y las imágenes de mujeres torturadoras.

Reiterando las implicancias simbólicas de las figuras míticas de Medusa y Medea, Cavarero repasa los casos de mujeres palestinas y chechenas que se inmolaron de ese modo en lugares públicos –matando así a numerosas personas cuyo carácter de víctimas fue “casual”. Encuentra así diversos relatos comprensivos de esos hechos. El desplazamiento que supone esa empatía con “la inermidad de las asesinas” desconcierta. Cavarero afronta así otro desafío a la cuestión que ella ha planteado como central: ¿De qué forma es retratada la agencia en la escena del horror? Otra perplejidad se suma a esta particular absolución ética: los análisis de los hechos citados parecen coincidir en la necesidad de restituir la narración de las vidas singulares de las mujeres convertidas en

bombas-suicidas. Por su parte, la escena de la masacre insiste en mostrar el horror de la indistinción de los cuerpos de las víctimas. Contra las tesis emancipacionistas feministas, que verían allí un gesto de inusitada militancia política, la autora recuerda la persistencia del imaginario que hace de toda mujer una madre, de toda asesina una Medea. Sin embargo, señala, quienes matan suicidándose no han aceptado la prueba a que se somete la propia Medea, quien asume la responsabilidad por su crimen viviendo. Finalmente, apunta Cavarero, las imágenes de torturas fotografiadas en Abu Ghraib constituyen el reverso cínico y banal del horrorismo: plenas de mujeres que han rechazado de manera radical el cuidado, o que han elegido dañar allí donde el cuidado era necesario, además lo hacen como un juego en un contexto en el que la tortura puede ser concebida como un medio. Ambos vectores, el de la desresponsabilización de las victimarias y el de la banalización del horror incitan a continuar indagando en el peculiar entramado de la violencia, no con nuestros temores sino con aquello que podría volverla justificable. La perspectiva del inerte es un paso en esa interrogación.

Bibliografía

- ARENDDT, Hannah (2006 [1951]): *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza.
——— (1996 [1958]): *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
——— (1984 [1978]): *La vida del espíritu. El pensar, la voluntad y el juicio en la filosofía y en la política*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
BUTLER, Judith (2006): *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires, Paidós.
LEVI, Primo (2002): *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik.
SCHMITT, Carl (1984): *Teoría del Partisano*, Buenos Aires, Folios.

Obras de la autora

- CAVARERO, Adriana (2007): *Orrorismo: ovvero della violenza sull'inerte*, Milano, Feltrinelli. [Traducción en castellano: *Horrorismo: Nombrando la violencia contemporánea*, México, Anthropos-UAM, 2009].
——— (2003): *A più voci. Filosofia dell'espressione vocale*, Milano, Feltrinelli. [Traducción en inglés: *For More Than One Voice: Toward a Philosophy of Vocal Expression*, Stanford, Stanford U.P., 2005.]
——— (1997): *Tu che mi guardi, tu che mi racconti. Filosofia della narrazione*, Milano: Feltrinelli. [Traducción en inglés: *Relating Narratives: Storytelling and Selfhood*. London and New York, Routledge, 2000.]
——— (1995): *Corpo in figure*. Milano. Feltrinelli. [Traducción en inglés: *Stately Bodies*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2002.]

Claudia Bacci. Una máscara y un rostro.
Papeles de Trabajo, Año 6, N° 9, junio de 2012, pp. 262-270.

——— (1990): *Nonostante Platone*, Roma, Editori Riuniti. [Traducción en inglés: *In Spite of Plato*. Cambridge: Polity Press, 1995.]

Recibido: 7 de julio de 2011. – Aceptado: 1 de diciembre de 2012.